

de dos o tres, perecieron de muerte violenta; y tampoco a otros usurpadores, que tiñeron la púrpura con su propia sangre.

¿Se hallaba la ciudad organizada de tal manera que pudiese resistir tan constantes vicisitudes y sacudimientos? Desde luego, no. El Imperio era un colosal conglomerado de partes que nunca habían logrado fundirse sólidamente en un todo homogéneo. La unidad era sólo aparente. En todas partes se hablaba el griego y el latín, pero ¿en dónde se encontraban los romanos? Cuando más, viviendo una existencia mediocre al amor de la ciudad natal. Los ciudadanos eran de Alejandría, de Tours, de Hispalis, de Efeso; el patriotismo no traspasaba los límites de la ciudad porque este régimen no originó esos sentimientos generales que hacen repercutir, con la intensidad de un dolor personal, íntimo, la afrenta recibida por otro cualquiera de los miembros de la comunidad, a quinientos o seiscientos kilómetros de distancia.

El poeta Horacio se equivoca cuando glorifica a la ciudad eterna, que así la llamó, Roma, diciendo que logró hacer de un mundo una ciudad. Existían mil ciudades, enemigas unas de otras, celosas, rivales y separadas, durante los últimos siglos, por el desierto que se había formado alrededor de cada una de ellas, merced a la despoblación de los campos. Cuando los bárbaros llegaron no se encontraron en presencia de un gran pueblo dispuesto a defenderse sino ante mil pequeñas repúblicas desafectas entre sí, sin espíritu militar y aún no repuestas de la inmensa conmoción producida por el Cristianismo; ciudades que, en vez de armarse contra el invasor, les llamó a su seno, como hermanos de una nueva alianza. Y los bárbaros vencieron sin gran esfuerzo porque la ciudad era ya una ficción. Todo el Imperio se desmoronó pieza a pieza, cuando se rompieron los lazos administrativos, que era lo único que unía a las ciudades. Cuatro siglos después, en la segunda invasión, el segundo Imperio de Occidente se derrumbó por idénticas causas políticas y morales. El desequilibrio social producido por la hipertrofia de las ciudades.

Nos atrevemos a decir que si los primeros emperadores hubiesen imitado, en la organización política, esa vasta red de vías militares que supieron construir por todo el Imperio para unir los distintos puntos del territorio con la capital, creando instituciones generales cuyo germen se encontraba en todas partes, hubieran enlazado entre sí a todas aquellas ciudades aisladas y se hubiera podido construir en las provincias un patriotismo romano que no existió nunca, habrían nacido ideas y sentimientos generales. Los sucesores de Augusto no crearon más que el despotismo militar y el derecho de la fuerza. Roma supo organizar un Imperio pero no una ciudad. Y ésta fue la causa principal que originó la caída del mundo antiguo: la exageración extremada del principio de preponderancia de la ciudad. No debemos olvidar, nosotros, esta enseñanza.

La Ciudad Europea (siglo xi a siglo xvi)

La Ciudad Europea.—Los grandes resultados de las Cruzadas, a fines del siglo xi recayeron en quienes supieron aprovechar un gran movimiento en pro de sus propios fines, orientados en muy distinta dirección. En las ciudades europeas de la época empieza a manifestar su fuerza un nuevo factor político-social, que lucha por su propia independencia frente a los viejos poderes locales y señoriales. La idea de la unidad del occidente cristiano hubo de reunir a todos los caballeros de la Europa romanogermánica; pareció como si en este movimiento, en las Cruzadas, hubiera de encontrar su expresión máxima la cultura espiritual y caballeresca de la época, pero los resultados tangibles de la gesta fueron muy distintos. El curso y el término de las Cruzadas comprometieron la idea y sus depositarios. Para la mayor parte de las ciudades europeas existentes en la época el movimiento se presentó como una magnífica coyuntura para incrementar la actividad política y económica.

Aparece entonces, dentro de las murallas de la ciudad, el *homines movi* que sólo por el comercio había hecho su fortuna, llegando al poder político y la consideración social. Detrás del predominio económico estaban la voluntad de expansión del nuevo tipo humano y la nueva estructura político-social, el derrumbamiento de la imagen caballeresca y feudal. El hombre descubre una energía espiritual de índole muy peculiar, de sentido esencialmente secular y terreno.

Es cierto que las ciudades del norte europeo, casi en su totalidad, algunas de España y gran número de ciudades francesas, nacieron antaño a la sombra de los poderes señoriales. En la resurrección de la vida urbana sobre las ruinas de las caídas ciudades romanas, junto al Rin y el Danubio, junto al Ródano y el Tajo, siempre era el obispo, como señor de la tierra y luego de la ciudad el que determinaba la vida del establecimiento urbano en formación. Económicamente porque constituía, con su séquito, el grupo de consumidores necesario; jurídicamente, puesto que el establecimiento de privilegios reales en las nuevas urbes dotadas de derechos políticos se hizo en provecho de la dominación episcopal y no con destino a la comunidad burguesa. En las ciudades señoriales que por de pronto y hasta el siglo x fueron muy modestas, se asentó, y repetimos, como inesperado resultado de las Cruzadas, un nuevo grupo de habitantes, los comerciantes de mercancía remota, que trajeron consigo su propio derecho. Trajeron también un fuerte sentimiento de cohesión que habían practicado en los largos viajes de las caravanas colectivas. Las guildas, en el norte europeo, las hermandades en el sur, fueron su centro de reunión. Allí se cultivaban los intereses comunes, incluso desafiando al círculo de poder y

economía simbolizado en los señores episcopales. El comercio estaba creando, en fin, los nuevos valores.

Este fundamental cambio en la repartición de los derechos económicos, esta ascensión de una capa de gentes acomodadas hasta extremos poco habituales, según las concepciones de la época, tuvo su expresión en un desplazamiento del poder político dentro de las ciudades. La oposición entre una capa burguesa superior, consciente de su poder, y una voluntad de poder, la señorial y feudal, orientada hacia el sojuzgamiento permanente, produjo una tensión constante. Cuando en 1073 los obispos del Rin se revolviéron contra Enrique IV, el de la guerra de las investiduras, hubo de experimentar por primera vez el obispo de Worms que su dominio sobre la ciudad no era absoluto; sobre la burguesía, cuando cayó el rey, no podía disponerse ya como sobre una horda de siervos sin voluntad. Aconteció algo extraordinario: el obispo que se separó del rey fue expulsado de la ciudad por los burgueses y el rey, en cambio, recibido en la ciudad con todos los honores. Esta voluntad de la población urbana, independizándose de la coacción eclesiástico-señorial, este hecho que por primera vez acontece en la ciudad de Worms sobre el suelo alemán, fue desde entonces un factor importantísimo en la vida política. Comienza un largo periodo de disensiones entre el poder señorial y la burguesía, afanosa de autonomía, que no llega propiamente a resolverse hasta el siglo XIV, y su resolución significó el triunfo del movimiento burgués en la mayor parte de las ciudades europeas. La autoridad señorial quedó por completo socavada y reducida a las exterioridades y apariencias del poder.

Esa capa superior de burgueses, que por su origen procedían del comercio, y que dirigían la vida urbana como *cives majores*, fue desde el principio la fuerza propulsora en el movimiento de las libertades burguesas, movimiento que se encontraba detrás de las hermandades con las que comenzó la emancipación burguesa en Italia, y también en Francia, Inglaterra y España, como asimismo en Alemania. Para toda la población urbana europea este desenvolvimiento de la autonomía tuvo una consecuencia muy importante, que se expresa en un principio jurídico correspondiente a la índole plástica de la terminología jurídica medieval: "el aire de la ciudad hace libre".²³ La constitución de la autonomía coincide con el tránsito del principio personalista al principio territorial en el derecho político. El carácter señorial del principio personalista quedó gravitando sobre el campo. Fuera de la ciudad, el "aire hace siervos", decíase en muchas partes. Lo encontramos, por ejemplo, en el Archipreste de Hita.²⁴

²³ Pulci, Luigi: *Morgante Maggiore*, Florencia, 1916.

²⁴ Chaucer: *Cuentos de Cantorbery*; "Biblioteca clásica universal", Madrid, 1932.

Pero esto no debe engañarnos ni hacernos creer que a la igualdad de derechos correspondiese una igualdad económica y social. Todo el progreso que se verificaba por el aumento de la esfera del poder atribuido a la burguesía recayó sólo en provecho de la capa burguesa. En la ciudad no había igualdad. En la ciudad griega, como en la romana y europea, la libertad política no significa, ni ha significado nunca, hasta ahora, igualdad económica.

Antecedentes.—En los últimos siglos de la Edad Media, la vida social europea sufre una radical transformación determinada por el despertar de las ciudades.

La imagen geográfica y social del mundo cambia rápidamente de fisonomía. Por el año 1100 vemos las campiñas pobladas de monasterios y solitarios castillos feudales, chozas de barro y aldeas acurrucadas al pie de las abadías y los castillos diseminados por las extensas comarcas inaccesibles, espesas selvas y tristes páramos. Hacia 1300 surgen ciudades por todas partes, a orillas de los ríos, en las cercanías de los puertos naturales o en torno a los palacios señoriales; ciudades en cuyas calles bulle y se afana una numerosa población. Poco a poco el núcleo de la vida social se reúne en esas ciudades; el dinero pasa de las manos del noble y del campesino a las del habitante de la ciudad. La vida espiritual se condensa principalmente en las ciudades. La nobleza hace objeto de burla a los villanos urbanos, de que reniega, y pregunta a Dios con qué derecho empieza "a comer carne de buey y a beber buena cerveza". Nobles, príncipes y prelados luchan sin cesar contra el poder de las ciudades, tanto en el norte de Francia como en Italia, en Flandes como en España y el sur de Alemania.

Los campesinos se desgarran de sus señores y buscan amparo en el amurallado recinto de la ciudad. Las órdenes monásticas abandonan sus solitarios conventos y los trasladan a la ciudad y hay, también, magnates que abren allí su residencia, consiguiendo ciudadanía y asiento en el concejo municipal.

La nueva cultura ciudadana constituye en muchos respectos el sostén de la nueva vida social y espiritual, y como el ulterior desenvolvimiento de las ciudades presenta idénticos rasgos característicos en todos los países, la cultura y civilización también los presentan. La unificación cultural, política y social del mundo moderno comienza en las ciudades, no en la corte ni en los monasterios. En la Edad de Oro comunal granó en ellas, en los siglos II y XIII, una espléndida cultura, aunque Felipe el Bueno y Carlos el Temerario, como más tarde Carlos V, sofocaron con mano dura el intento de los ciudadanos de Gante, Lieja y Toledo, que pretendían restaurar la antigua independencia comunal. Porque hay que advertir que el emplazamiento de estas ciudades